



Déficit de pensamiento o superávit de imitación

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Síntesis: Innovar es aportar un enfoque nuevo, un elemento diferente en la manera de pensar o de hacer las cosas. En América Latina muchos países casi no registran investigación. Más fácil es conectarse a la Internet y buscar las respuestas que ya otros dieron y que están allí. Predomina un pensamiento único y un modelo vencedor. ¿Por qué han caído el nivel y la densidad de la reflexión en el Perú y en América Latina? ¿Hay o no una castración involuntaria del pensamiento creativo e innovador?

El artículo sobre los “países necios” del Ing. Eduardo Ismodes, aparecido en la actualización de noviembre de Palestra y el interés que han suscitado sus propuestas, constituye un estímulo para continuar el tratamiento de este tema y profundizar su análisis y el debate que dichos planteamientos deben generar.

Lo que está en juego a partir de lo expuesto en el artículo citado, es determinar si en nuestros países existe la capacidad, no solamente de hacer investigación científica y tecnológica convencional, sino, yendo más allá, de producir innovación.

Ya el punto de inicio ofrece inquietantes elementos. Muchos países de la región casi no registran investigación y ello no se limita a las áreas de punta (bioquímica, conductores, cambios genéticos, componentes miniaturizados, uso adecuado de la biodiversidad) o a las tecnologías aplicadas respectivas, respecto de las cuales es frecuente apreciar desgarramientos de vestiduras. Cuando se mira con suficiente atención, muchos países, entre los cuales el nuestro, ofrecen graves vacíos en materia de investigación histórica, económica, demográfica, antropológica, filosófica, cultural y de otras ciencias vecinas.

Las razones, mil veces repetidas señalan ausencia de recursos, falta de apoyo de parte del Estado y de las instituciones, escaso estímulo de patrones y profesores... pero también y con alarmante frecuencia, desinterés de los estudiantes, de pregrado y de postgrado y de los profesionales. Las tesis universitarias aún conservan un espacio y ofrecen algunas oportunidades pero también aquí el interés de muchos centros de estudios por calificar como eficientes “fábricas de títulos” y lograr que sus egresados alcancen con la mayor facilidad el status de graduados, empuja a reducir la exigencia y por ende a rebajar la calidad de la investigación.

Por su parte, la ciencia y la tecnología se ofertan libremente en el mercado global. Comprar patentes o pagar regalías y franquicias en el espacio productivo resulta casi siempre más atrayente y fácil que auspiciar procesos de ensayo, prueba y desarrollo que pueden llevar largo tiempo. El conflicto es real. Es menor el problema del costo que la disponibilidad del tiempo para alcanzar los resultados del estudio y aplicarlo a la actividad en marcha.

Lo anterior que es válido para productos, artefactos y equipos comienza a contagiar seriamente la ideación de normas, procesos y pautas. Más grave aún, invade el terreno de lo conceptual. Mejor es comprar o alquilar conocimiento o copiar o imitar, cuando no robar o piratear. Aquí ingresamos al reino nuevo de la confusión entre principios y valores con relación a la gestión del conocimiento y al valor de la investigación.



Si más allá de lo convencional ingresamos al terreno de la investigación orientada a la innovación, entendida como la incorporación de nuevos elementos que crean o alteran un producto (o un concepto), la respuesta de orden a nivel educativo parece ser que hay que estar al día con las últimas metodologías. Algunos lo expresan como lograr el “saber hacer” y la creatividad se presenta ligada o casi dependiente de los desarrollos más recientes a nivel global.

Tratemos de poner un poco de orden. Todo lo anterior responde a un patrón común. Innovar es aportar un enfoque nuevo, un elemento diferente en la manera de pensar o de hacer las cosas. Todo ello debería abrir las puertas a enfoques distintos, alternativos, arriesgados, atrevidos. Y eso es lo que afirman muchos que proclaman las virtudes de la innovación. Pero predomina un pensamiento único y un modelo vencedor. Por lo tanto, es mejor no atormentarse con pensar. Más fácil es conectarse a la Internet y buscar las respuestas que ya otros dieron y que están allí.

Pero muy pocas veces o casi nunca se menciona que cada destreza o habilidad, cada herramienta o metodología responde a un patrón de pensamiento, a una concepción de sociedad, de relaciones interpersonales, a formas pautadas de conducta y que por lo tanto, al comprar una tecnología o un procedimiento se está adquiriendo también sus supuestos, sus puntos de partida y sus metas y objetivos. Es decir, que con el aprendizaje y con el uso del nuevo conocimiento se está adquiriendo también “otra” cultura.

Lo dicho es inevitable. No se trata de rechazar a fardo cerrado ni la modernidad, ni los nuevos desarrollos, ni las infinitas ventajas y posibilidades que ofrecen. Porque además no se trata de maniqueísmos. Las técnicas y habilidades no son buenas o malas en sí como lo pretendieron en el pasado ciertas escuelas de pensamiento. No, lo que ocurre es que se necesita tener claridad sobre dónde llevan y tener mucha mayor claridad aún sobre dónde es que uno quiere ir.

Y allí es donde se encuentra uno de los retos más serios propuestos a quien quiere investigar y a quien pretende innovar. La claridad atañe al entorno dentro del cual se actúa. En lo inmediato, el país. Pero junto a él, la mayor parte de la América Latina. Región pobre, deficiente en institucionalidad y en estructuras. Con recursos escasos y en regresión. Golpeada por crisis y desequilibrios, en lo político y en lo económico.

¿Hay o no una castración involuntaria del pensamiento creativo e innovador? Una idea que se expande es la de que si ya los países ricos del mundo (antes diríamos los desarrollados del Norte) que tienen “toda” la información, que tienen “todos” los recursos (institucionales, financieros, personal hipercalificado, etc.) mayor conocimiento, etc. han desarrollado teorías, planteamientos y reflexiones sobre la realidad contemporánea, mejor aplicamos lo que ellos han hecho y no nos creamos problemas.

Sobre esta base se construye el problema real de cómo despertar objetivamente – en especial en nuestro país – no solamente el interés, sino la voluntad por hacer investigación seria y por ligarla a la necesaria innovación en prácticas, usos y procedimientos, que luego se expresen en instituciones y productos mejores y más apropiados para satisfacer dos objetivos centrales: mejorar la calidad de vida de la población y crear esperanza en que el desarrollo nacional aún es posible.

La responsabilidad de lograr esta meta está visiblemente compartida entre (1) las instituciones educativas, en primer lugar la Universidad pero también la escuela, ya que sin



la base de una formación escolar sólida es muy difícil iniciar tarde la tarea de estimular la curiosidad, la experimentación, la búsqueda paciente, la abstracción y la capacidad de extraer conclusiones operativas; (2) la sociedad toda, en su vertiente empresarial (productiva y de servicios) capaz de entender con visión prospectiva y de largo plazo, las ventajas de contar con un acervo de talento creativo propio, local, que incorpore nuevos activos a la tarea económica y en su vertiente civil, apoyando el proceso de modernización e incorporación razonada del país a la globalización desde una base endógena, que respete y ponga en valor los intereses y los proyectos nacionales; y (3) el Estado a quien corresponde asegurar y garantizar las condiciones en que la investigación científica y tecnológica debe ser apoyada y protegida para evitar que otros intereses, externos o incluso locales traten de desvirtuar una línea de crecimiento sostenible para reemplazarla por el retorno a la dependencia actual.

Todo lo dicho anteriormente se conjuga con una preocupación mayor que forma parte del debate contemporáneo. ¿Por qué han caído el nivel y la densidad de la reflexión en el Perú y en América Latina? ¿Se trata acaso de un fenómeno irreversible? ¿Será que acaso ya no tenemos ideas que aportar y debemos por lo tanto limitarnos a consumir lo que piensan los demás?